

La vida de Hilarión de San Jerónimo*

1- La “Vita Hilarionis” y la vida de San Jerónimo¹

Esta obra de san Jerónimo, si bien se desconoce su fecha exacta de composición, se estima que fue escrita dentro del período que va desde su llegada a Jerusalén hasta la publicación del *De viris illustribus* (393), donde ya Hilarión es mencionado.

La *Vida de Hilarión* forma, con la vida de Pablo y la de Malco, un tríptico que refleja tanto la doctrina como la vida monástica de Jerónimo².

A- La “Vida de Pablo, primer ermitaño”

Los comienzos de la vida ascética de san Jerónimo estuvieron fuertemente marcados por el autor de la *Vita Antonii*, san Atanasio. En efecto, al ser exiliado en Tréveris (Galia), sede de la corte imperial, Atanasio comienza a propagar el ideal monástico egipcio en Occidente. Motivado por esos relatos, Jerónimo dio su primer paso en la vida monástica en Aquileya (370) donde formó una comunidad con varios compañeros: Bonoso, Eliodoro, Rufino, Cromacio y Evagrio (el traductor de la *Vita Antonii*). Sin embargo esa experiencia tiene un fin sombrío y confuso, y por los términos de su *Carta 33* puede considerarse un verdadero fracaso³.

Su amor a la vida monástica vuelve a ponerse de manifiesto por su retiro al desierto sirio de Calcis (375-377), donde lleva una rigurosa vida eremítica, acompañada por estudios bíblicos. Pero nuevamente debe abandonar este tipo de vida a causa de una serie de dificultades. Sin embargo, esta experiencia eremítica deja una profunda marca en su vida, de la cual nace su primera biografía monástica: la *Vida de Pablo, primer ermitaño*.

En la *Vita Pauli*, Jerónimo presenta la sublimidad del ideal eremítico con una radicalidad que supera la *Vita Antonii*, pues éste, a pesar de sus largos períodos de encierro en la soledad, abría las puertas de su retiro tanto para adoctrinar a las muchedumbres que se acercaban, como para defender a los cristianos ortodoxos de la persecución arriana. Pablo, en cambio, no admite ningún tipo de contacto con los hombres, y supera tanto ascética como cronológicamente a Antonio. Sin embargo, es evidente que los criterios bajo los cuales es presentada la vida del monje Pablo son los de la *Vita Antonii*.

B- La “Vida de Malco”

Después de una estadía de tres años en Roma (382-385), Jerónimo emprende el camino hacia Tierra Santa, adonde es seguido por varias mujeres de la nobleza romana. Llegados a Belén, Jerónimo y Paula deciden consagrarse a la vida monástica, por lo que construyen dos monasterios. El de mujeres, dirigido por Paula, al lado de la basílica constantiniana de la Natividad; el de hombres, presidido por Jerónimo, se encontraba a poca distancia de aquel.

Este período se identifica con la madurez de Jerónimo, tanto desde el punto de vista espiritual como intelectual. Su vida ascética se ve fuertemente marcada por dos elementos relativamente nuevos: la vida cenobítica y la presencia de la mujer (Paula). Estas dos realidades, que influyeron notoriamente en su autor, se reflejan en la segunda biografía monástica que escribe: La *Vida de Malco, el monje prisionero*⁵.

Malco es un monje cenobita que en su intento por dejar el monasterio para hacerse ermitaño, cae preso de unos bandidos. Estos lo venden como esclavo junto con una mujer, con quien comienza a vivir un destino común y una gran intimidad. Pero al mismo tiempo Malco confirma a cada paso su propósito de vida ascética y célibe, en lo que se ve secundado por esta mujer, que también decide consagrarse junto con él. Por otra parte, las cosas que le van sucediendo, lo llevan a redescubrir el valor de la vida cenobítica, a la cual decide retornar nuevamente después de haber logrado huir, junto con la mujer, de su cautiverio.

De este modo, a través del monje Malco, Jerónimo hace un elogio de la vida cenobítica, y

resalta el rol de la mujer en la vida monástica. Ella posee una gran sensibilidad y ductilidad para los valores del espíritu, y más que un obstáculo para el hombre, pasa a ser su gran apoyo y un ejemplo de generosidad en el seguimiento de Cristo⁶.

C- La Vida de Hilarión

Finalmente, poco antes del 393, Jerónimo escribe la *Vita Hilarionis*, que aquí presentamos. Esta trata de un joven culto, cristiano desde niño, que oye hablar de san Antonio y siente nacer en él el mismo amor por la vida solitaria. Sin embargo, la austeridad de su vida y la fama de santidad atraen continuamente hacia él multitudes de hermanos y gente que solicita su ayuda. Esto hace que su vida se transforme en un continuo vagar buscando la soledad. Hilarión sentía por ella una “terrible nostalgia”⁷, y, para encontrarla, decide dejar a los hermanos y multitudes que lo siguen.

Pero lo que más admira Jerónimo es que, en su búsqueda de la soledad, Hilarión pisotea la gloria y el honor que tenía en medio de los hombres: *Acudían obispos, presbíteros, grupos de clérigos y monjes; también nobles damas cristianas —terrible tentación—*⁸.

Estas expresiones podrían referirse también a la misma situación de Jerónimo que, en el monasterio de Belén, junto con Paula, vivía frecuentado por todo tipo de visitas, y se veía envuelto en las distintas disputas doctrinales que vivía la Iglesia en el siglo IV⁹. Por eso, De Vogüé se pregunta si con éstas afirmaciones Jerónimo no está expresando su propia nostalgia por la vida solitaria, cuyo precio, sin embargo, no se atreve a pagar, como hizo Hilarión¹⁰.

Por eso podemos decir que en las tres “Vidas” Jerónimo nos pone ante un aspecto de su experiencia y doctrina monásticas. Sin embargo en la última, la de Hilarión, Jerónimo manifiesta sus más profundos deseos de vida solitaria. Y son éstos los que han quedado eternizados en la imagen de aquellos pintores del s. XV y XVI que lo representan en una gruta, vestido con una piel de animal salvaje y consumido por la ascesis, golpeándose el pecho con una piedra.

Es necesario reconocer que detrás de estos tres personajes, Jerónimo, además de su propia experiencia, expone una verdadera teología de la vida monástica¹¹. Y más concretamente, una cristología. El monje es un imitador de Cristo. Y para Jerónimo *monachus* significa ante todo *solus*, en oposición a aquel que vive en medio de las ciudades. Para ello el monje debe abandonar todo, debe estar *desnudo (nudus)*. El monje se hace tal para seguir desnudo a Cristo desnudo. El monje imita a Cristo, que dejó al Padre para hacerse pobre.

Cristo, para salvarnos, promete la pobreza. No hacemos nada de grande si abandonamos lo que nos pertenece: Cristo ha dejado a su Padre y el reino de los cielos por nuestra causa... Cristo se ha hecho pobre por nosotros¹².

Y con esto Jerónimo quería decir también algo a sus contemporáneos. En efecto:

Estos cuentos hacen pasar con ellos la enseñanza moral. Estas tres figuras, por una parte hieráticas y finamente individualizadas, se unen para enseñar al mundo romano, asustado ante los asaltos de los apetitos bárbaros, las virtudes cristianas desarmantes y pacificadoras. La esclavitud de Malco no es nada ante las cadenas de Mammón. De esos bienes sin realidad es necesario despegarse para buscar, como Paula, como Marcela, la paz en la pobreza y humildad voluntarias¹³.

Detrás de las tres “Vidas” hay una preocupación constante: la pobreza para seguir a Cristo. Ese es el mensaje que Jerónimo trasmite a los cristianos de la nobleza romana como propuesta ante una civilización que a fines del s. IV se precipitaba en la ruina, pero que resulta válida para todos los tiempos¹⁴.

2- La vida del monje Hilarión

Lo primero que debemos decir acerca de Hilarión es que existen posiciones encontradas acerca de la historicidad del personaje. J. Gribomont se inclina por su inexistencia, afirmando que los únicos testimonios que de él se tienen son los que da Jerónimo¹⁵. D. Chitty apoya la tesis contraria, basándose en la relación existente entre Hilarión y Epifanio de Chipre, de quien Jerónimo habla en el Prólogo de la obra¹⁶. De Vogüé, sin entrar en la problemática, da por sentada la historicidad de nuestro personaje¹⁷, de quien se poseen muchos más datos y

testimonios de los que da Jerónimo¹⁸. Finalmente P. Antin, apoyándose en los testimonios de Sozómoeno, afirma que es la biografía más verosímil de cuantas escribió Jerónimo¹⁹.

A- Sus orígenes

Dos notas acerca del joven Hilarión son muy importantes para la mentalidad de Jerónimo: su origen pagano y su cultura.

Hilarión es presentado como el hijo de una familia pagana, que vive en un ambiente también pagano, en las cercanías de Gaza, en Palestina. Pero no se trata de un paganismo indiferente, sino de una verdadera idolatría, a la que Hilarión opondrá la fe en Cristo y el poder de su Cruz.

Nace en torno al año 261. La buena situación económica de sus padres le permiten comenzar los estudios en Alejandría y, como puntualiza Jerónimo "llegó a ser muy versado en el arte de hablar"²⁰.

B- Los comienzos monásticos

Durante su estadía en Alejandría Hilarión oye hablar del gran Antonio. La admiración lo lleva directamente a visitarlo en su retiro, y allí nace la vocación del joven palestino. Cambia sus vestidos y abraza la vida monástica.

Pero para imitar más plenamente el ejemplo de Antonio decide retirarse a su tierra natal de Gaza.

Sus padres ya habían muerto y distribuye todos los bienes entre sus hermanos y los pobres, recordando lo que había dicho el Señor: *Quien no haya renunciado a todo lo que posee no puede ser mi discípulo (Lc 14,33)*²¹.

De este modo comienza la vida ascética pasando veintidós años en la soledad completa, solamente interrumpida por la visita de unos ladrones²². Sin embargo no son años de paz y tranquilidad, sino que son escenario de un violentísimo combate con los demonios.

Aunque Hilarión se esconde en la vasta soledad que rodea la ciudad de Gaza, el demonio descubre inmediatamente la presencia del siervo de Dios y vuelca sobre él todo el poder de su malicia. Para ello el Santo se arma con los mismos instrumentos que Cristo en el desierto: el ayuno, la oración y la salmodia²³.

*C- Lucha contra el paganismo*²⁴

Pero en su vida ascética juega un rol muy particular la cultura y religiosidad pagana, dominante en la región. La magia y los encantamientos son moneda corriente, provenientes de la vecina provincia de Egipto, pero también de Grecia²⁵. Sin embargo, el Santo reconoce en ellos la presencia del antiguo enemigo de Cristo: el diablo.

Hilarión, que ya ha vencido al demonio en su mismo corazón, mediante la ascesis, se transforma en exorcista de los demás. El siervo de Dios tiene el poder de reconocer los vicios y los demonios por los más mínimos detalles y manifestaciones exteriores con que se presentan²⁶.

Así, sin buscarlo en forma expresa, la gente que solicita el auxilio de Hilarión lo lleva a enfrentarse con la cultura reinante, impregnada de todos esos elementos. Y es aquí donde Jerónimo se deja llevar por su entusiasmo, narrando en forma detallada todo tipo de milagros realizados por su héroe: curaciones, exorcismos, portentos. Jerónimo, que había prometido en el Prólogo hablar de las virtudes de Hilarión cubre la mayor parte de su obra narrando los prodigios que Dios realizó por medio de él.

Pero esto le crea a Hilarión dificultades con la sociedad pagana, particularmente con las autoridades de Gaza²⁷ que se ven perjudicadas por la victoria cristiana.

Detrás de todos estos relatos, Jerónimo presenta una demonología bien definida y detallada. El demonio puede actuar sobre el hombre, sin embargo el primer paso que debe dar, sin el cual nada puede, es entrar en dominio de su corazón, por medio del pecado y los vicios²⁸. Una vez logrado esto, está en condiciones de actuar sobre el mismo cuerpo y bienes del afectado.

Pero, así como el demonio puede actuar en los dos órdenes, físico y espiritual, el poder

de Cristo también. En este sentido Jerónimo nos presenta a Hilarión como un segundo Cristo, curando la ceguera con su saliva, rociando caballos con agua bendita, gritando y ordenando a los demonios salir de los posesos, hombres o animales.

De este modo la presencia de Hilarión actúa como un catalizador, poniendo de manifiesto la presencia oculta del diablo, para luego expulsarlo²⁹.

D- El carismático y el ermitaño

Sin embargo, este carisma y poder taumatúrgico lo llevan a verse rodeado de hermanos que quieren seguirlo, y gente que necesita su auxilio. Como había dicho el mismo Cristo: *No puede ocultarse una ciudad colocada sobre una colina (Mt 5, 14)*³⁰.

Así, Hilarión se ve acorralado entre su deseo de una vida solitaria y la insistencia de las multitudes en que los proteja de la acción del demonio. Y su elección es clara y firme: buscar la soledad.

Esta opción por el eremitismo hace que Jerónimo se desinterese por describir la vida u organización de los casi 5.000 hermanos que rodeaban a Hilarión.

De este modo, a partir de los sesenta y tres años, su vida es un continuo vagar buscando alejarse de las multitudes, peregrinando por las tierras de Antonio, en Egipto, en Libia, Sicilia, Dalmacia y Chipre.

Finalmente, ya anciano y consumido por la ascesis, Hilarión muere en su anhelada soledad, ya que su discípulo Hesiquio se encontraba en esos días en Palestina.

3- Conclusión

La vida del monje Hilarión, junto con las de Pablo y Malco, pertenece a un género literario muy distinto de la biografía contemporánea, y es por allí que pueden aparecer las dudas sobre su veracidad histórica. En efecto, esta obra está marcada por el espíritu sapiencial que caracteriza las obras de los Padres de la Iglesia, pero más particularmente las de los Padres monásticos.

El objetivo de Jerónimo va más allá de la simple transmisión de cierta información histórica acerca de su héroe. Busca crear una comunión entre el lector de todos los tiempos y este pequeño gran personaje del sur de Palestina. Por eso, como literato, Jerónimo emplea recursos que intentan despertar la sensibilidad espiritual latente en sus oyentes, y lograr de este modo ganarlos como admiradores de Hilarión.

De allí que el lector pueda sorprenderse ante la humanidad de ciertas descripciones de la vida misma de Hilarión o de aquellos que lo buscan y siguen hasta la muerte. Por ejemplo, la curiosidad de Hilarión cuando, enterado de la muerte de Antonio, va a visitar a sus discípulos para que le muestren todas los lugares por donde había andado en otro tiempo su maestro³¹. O bien, la devoción de su discípulo Hesiquio, o la de Constanza que expira al enterarse, como Magdalena, que el cuerpo de su amado ha sido robado del sepulcro³²; o también el diálogo final de Hilarión con su alma, para que salga sin temor al encuentro de Cristo³³.

Esto hace que la pluma de Jerónimo pierda la gravedad o peso teológico de la *Vita Antonii* de san Atanasio. Por eso, su estilo es mucho más cercano al de Sulpicio Severo en la *Vida de San Martín*. Jerónimo se interesa más por los relatos que por los discursos y la doctrina espiritual de su biografiado. Su descripción de los sucesos se asemeja más a las narraciones bíblicas que a las elaboraciones teológicas posteriores. Lo cual no menoscaba, sin embargo, el valor histórico de la obra³⁴. Los detalles pintorescos y minuciosos permiten palpar los mismos acontecimientos descritos, y hacen revivir en el lector los mismos sentimientos que Jerónimo experimentó por su héroe y el modo radical con que se comprometió en el seguimiento de Cristo desnudo.

4- La presente versión castellana

El texto que se ha seguido en esta traducción es la edición crítica presentada por A. A. R.

Bastiaensen en *Vita di Ilarione*, Verona, 1975, de la colección "Vite dei Santi" (t. IV, pp. 69-143), dirigida por C. Mohrmann. También se ha tenido en cuenta la traducción italiana de C. Moreschini que acompaña el texto latino en dicha colección.

Sin embargo, para una mejor presentación del texto, hemos tomado la división en capítulos del Migne, en la *Patrología Latina*, con sus respectivos títulos³⁵. Finalmente todo el texto fue dividido en 5 partes, tal como lo hace De Vogüé en su estudio sobre Hilarión, con lo que se logra una mejor comprensión de la estructura interna de la obra.

Notas

* Introducción y notas de Fernando Rivas, osb. Traducción de Bernarda Bianchi di Carcano, osb(t) y Ma. Eugenia Suárez, osb.

1. Para los datos biográficos de San Jerónimo remitimos a E. CONTRERAS, *La vida de san Malco de san Jerónimo*, en *CuadMon* 76, 1986, pp. 101-113. Allí se puede encontrar una síntesis de su vida con indicaciones bibliográficas. En esta introducción sólo trataremos los aspectos de la vida de Jerónimo que guardan relación con su vocación monástica. Para todo lo que se refiere a Hilarión seguimos el reciente estudio de A. DE VOGÜE, *La vie du bienheureux Hilarion*, en "Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité", Paris, 1993, II, pp. 163-236.

2. Rousseau considera que Jerónimo escribe estas tres vidas para presentar su propia experiencia, así como sus aspiraciones monásticas. Cf. PH. ROUSSEAU, *Ascetics, Authority, and the Church, in the Age of Jerome and Cassian*, Oxford, 1978, p. 133.

3. En ella Jerónimo habla de su disolución por causa de un "subito turbo", cosa que deja entrever, en parte, su frustración. Cf. *Ep.* 33,1.

4. (= VA) Publicada en *CuadMon* 33-34, 1976, pp.171-234.

5. Publicada en *CuadMon* 76-79, 1986, pp. 106-113.

6. Estos dos elementos son los que encontramos también en la *Carta 22* a Eustoquia. También vuelven a aparecer en la *Vida de Hilarión*, en la mujer llamada Constanza, que aparece al final de su vida, en Chipre (cf. n^o 47).

7. *Vida de Hilarión* (= VH) 30.

8. VH 30.

9. En la más dura de estas polémicas, la origenista (399), Jerónimo trabajará en estrecha unión con Epifanio, el amigo de Hilarión.

10. DE VOGÜE, o. c., p. 211. P. Antin dice también respecto a la vida de Pablo, Malco e Hilarión: "Ces héros qu'il ressuscitait étaient un peu lui". Cf. P. ANTIN, *Essai sur saint Jérôme*, Paris 1951, pp. 123-124.

11. Para ello remitimos a P. ANTIN, *Saint Jérôme*, en "Théologie de la vie monastique", Aubier, 1961, pp. 191-199.

12. JERÓNIMO, *In Ps. 143 (Corpus Christianorum LXXVIII, p. 320)*. El mismo concepto encontramos en la *Vida de San Martín*. Al terminar su biografía Sulpicio Severo lo compara con el pobre Lázaro del evangelio (*Lc* 16,19-31) y dice: "Martín, lleno de gozo, es recibido en el seno de Abrahán. Martín, pobre y humilde (*pauper et modicus*), entra en el cielo como rico". Cf. Sulpicio Severo, *Vida de S. Martín de Tours*, Ecuam, 1990, p. 35.

13. P. ANTIN, o. c., p. 131. Según Jerónimo, Paula seguía "al Señor pobre, lo seguía, hecho pobre hasta el espíritu. Le devolvió lo que había recibido de Él, y se hizo pobre por Él" (*Jer. Ep.* 108,15,7). Es indudable que las tres "Vidas" testimonian un interés constante: la pobreza, para seguir a Cristo desnudo. Este es el mensaje que Jerónimo quiere dejar en claro a los cristianos de la nobleza romana como propuesta y claro ejemplo ante una civilización que se precipitaba en la ruina.

14. Un ejemplo de respuesta a este llamado de Jerónimo, además de Paula y Eustoquium, la encontramos en su amigo, el gran terrateniente Paulino de Nola. Cf. JERÓNIMO, *Ep.* 58.

15. J. GRIBOMONT, *Ilariona di Gaza*, en "Dizionario Patristico", vol. II, Roma, 1983, col. 1751.

16. D. CHITTY, *The Desert a City*, Oxford, 1966, p.13. Según él, Epifanio, formado en el monacato egipcio, fue, en cierta medida, discípulo de Hilarión. Su monasterio de Besanduce, cerca de Eleuterópolis, a mitad de camino entre Gaza y Jerusalén, pertenece al grupo de Hilarión, y es allí donde se encontraba Epifanio en el momento de ser nombrado obispo de Salamina, Chipre, en el 367. La fuente de esta información es la *Historia Eclesiástica* de Sozómeno (VI,32,2-3). Del mismo parecer es Kelly que afirma: "The existence of Hilarion has been unnecessarily questioned". Cf. J. N. D. KELLY, *Jerome*, Londres, 1975, p. 173.

17. DE VOGÜÉ, o. c., pp. 167-168.

18. Por ejemplo la *Historia Eclesiástica* de Sozómeno; la *Vida de Epifanio*, y un *apoteigma (Vitae Patrum* 5,4, 15 = *Alph. Epifanio* 4).

19. P. ANTIN, o. c., p. 129. Se debe tener en cuenta que Sozómeno mismo pertenecía a la región de Gaza.

20. VH 2. También en la *Vita Pauli* Jerónimo pone de relieve su buena formación literaria, tanto griega como egipcia. Cf. *Vita Pauli* 4; PL 23,20. Ambos se diferencian de Antonio, que es presentado por Atanasio como un "iletrado".

21. VH 3.

22. VH 12.

23. VH 10.

24. Dada la importancia de este tema en la VH nos parece fundamental la consulta de F. THELAMON, *Paiens et chrétiens au IV^{ème} siècle*, Paris, 1981. Esta obra estudia el tema del paganismo del siglo IV y la respuesta cristiana a la luz de la *Historia Eclesiástica* de Rufino de Aquileya. En ella pueden verse todas las creencias que pululaban en la época, y la atribución de portentos extraordinarios a estos dioses, divinidades

paganas y personajes mitológicos. Como contrapartida, Rufino presenta las “mirabilia Dei” que se manifiestan por medio de los “siervos de Cristo”, que Dios suscita en su Iglesia. Esta parece ser también la tesis que subyace a la obra de Jerónimo que presentamos aquí.

25. VH 21.

26. VH 28.

27. VH 20.

28. VH 21. Hilarión reprocha a una virgen, que fue “encantada” por un joven para casarse con él, haber dado lugar al demonio por alguna falta oculta de su corazón.

29. VH 35.

30. VH 37.

31. VH 31. También la distracción de Hilarión en la oración (n. 8), o bien las continuas referencias de Jerónimo a su reír ante las cosas que suceden (n. 26).

32. VH 47 (“quae perlato ad se nuntio...statim exanimata est”).

33. VH 45 (“Egredere, quid times? egredere, anima mea, quid dubitas?. Septuaginta prope annis servisti Christo, et mortem times?”).

34. El mismo De Vogüé considera que el valor histórico de la *Vita Hilarionis* supera a la *Vita Antonii*. Cf. o. c., p. 234.

35. PL 23,29-54.

Vida de Hilarión

I- Prólogo¹

1. Al disponerme a escribir la vida de san Hilarión invoco al Espíritu Santo que habitó en él para que, así como le concedió el poder de realizar milagros, me conceda a mí palabras para relatarlos, de modo que expresen adecuadamente los hechos. Porque, como afirma Crispo², la virtud de aquellos que han realizado obras es apreciada en la medida en que los grandes ingenios la han alabado con palabras apropiadas.

Alejandro Magno de Macedonia, a quien Daniel llama trompeta, leopardo o macho cabrío³, cuando llegó ante la tumba de Aquiles exclamó: *Feliz de ti, joven, que tuviste la fortuna de encontrar un gran pregonero de tus hazañas*. Se refería, naturalmente, a Homero.

Yo debo narrar la vida y las virtudes de un hombre tal que, si Homero viviera hoy, envidiaría mi tema y sucumbiría ante su magnitud.

San Epifanio, obispo de Salamina de Chipre, que vivió mucho tiempo con Hilarión⁴, escribió sus alabanzas en una breve carta que es leída por el pueblo⁵; pero una cosa es alabar de modo general a un difunto, y otra, narrar los milagros obrados personalmente por él⁶.

Por eso también nosotros, que emprendemos la obra iniciada por Epifanio, más para honrarlo que para ofenderlo, no tenemos en cuenta las palabras de los maledicentes que en otro tiempo criticaron mi *Vida de Pablo* y que tal vez criticarán también la de Hilarión; a uno le reprocharon la vida solitaria, a éste le echarán en cara que frecuentaba el mundo; de modo que, quien siempre permaneció oculto fue considerado como inexistente, y quien fue visto por todos como insignificante.

Esto mismo hicieron en otro tiempo sus predecesores, los fariseos, a quienes no agradaron ni el desierto ni los ayunos de Juan, ni tampoco las multitudes que acompañaban al Señor, nuestro Salvador, como su comer y beber⁷.

Por eso pongo manos a la obra que me he propuesto, y seguiré adelante haciendo oídos sordos a los perros de Scilla.

II- La juventud de Hilarión y su ascesis

2. Una rosa en medio de los gramáticos. Hilarión, nacido en la aldea de Tavata, situada a unos siete kilómetros y medio al sur de Gaza, ciudad de Palestina, floreció, según el proverbio, como rosa entre espinas, ya que sus padres adoraban a los ídolos⁸.

Lo enviaron a Alejandría y lo encomendaron a un gramático; allí Hilarión, teniendo en cuenta su edad, dio muestras de su gran ingenio y buenas costumbres. Al poco tiempo era amado por todos y llegó a ser muy versado en el arte de hablar⁹.

Pero más importante que todo esto es que creía en el Señor Jesús. No se deleitaba en las pasiones del circo, ni en la sangre de la arena, ni en la lujuria del teatro, sino que todo su afán era participar en las asambleas de la Iglesia.

3. Con Antonio. Fue por entonces que oyó el célebre nombre de Antonio, que era elogiado por todo el pueblo de Egipto. Inflamado por el deseo de verlo se dirigió al desierto. Inmediatamente después de haberlo visto, habiendo cambiado sus antiguas vestiduras¹⁰, permaneció con él casi dos meses. Observaba su modo de vivir, la gravedad de sus costumbres, su asiduidad en la oración, su humildad en la acogida de los hermanos, su severidad para corregirlos, su prontitud para exhortarlos, y cómo ninguna debilidad quebraba su continencia y austeridad en la comida.

Pero no pudiendo soportar más las numerosas personas que acudían a Antonio a causa de sus diversos sufrimientos o por los ataques de los demonios, consideró que no era conveniente soportar en el desierto a las gentes de las ciudades. Él debía comenzar como había comenzado Antonio. Éste, pensaba, recibía como un hombre fuerte, el premio de la victoria, mientras que él, ni siquiera había comenzado su milicia¹¹.

Entonces regresó a su patria con algunos monjes¹². Sus padres habían muerto, y dio parte de sus bienes a sus hermanos y parte a los pobres, no reservándose absolutamente nada, recordando el ejemplo y el castigo de Ananías y Safira narrado por los *Hechos de los Apóstoles*¹³. Recordaba sobre todo la palabra del Señor: *El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo*¹⁴.

Tenía entonces quince años. Así, desnudo pero armado en Cristo¹⁵, entró en la soledad que se extiende a la izquierda del camino que va a Egipto por el litoral, a quince kilómetros de Maiuma, que es el puerto de Gaza. Si bien esos lugares estaban ensangrentados a causa de los bandidos, y a pesar de las advertencias de sus parientes acerca del gravísimo peligro que corría, despreció la muerte para escapar a la muerte¹⁶.

4. En el desierto de Maiuma. Todos se maravillaban del valor y de su corta edad, pero una llama interior y la centella de la fe brillaba en sus ojos. Sus mejillas eran imberbes, y su cuerpo, delicado y frágil, era incapaz de soportar las austeridades y por eso le hacía sufrir el calor y el frío aunque fueran leves.

Así, cubiertos sus miembros tan sólo de saco, con un capuchón de piel que le había dado Antonio en ocasión de su partida, y un manto rústico, gozaba de un vasto y terrible desierto entre el mar y el pantano.

Comía sólo quince higos después de la puesta del sol¹⁷ y, como la región tenía mala fama a causa de los bandidos, había tomado la costumbre de no habitar nunca en el mismo lugar. ¿Qué podía hacer el diablo? ¿Hacia dónde podía volverse? El que antes se gloriaba diciendo: *Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas del cielo y seré semejante al Altísimo*¹⁸ se veía vencido y pisoteado por un niño antes de que su edad le permitiera pecar.

5. Tentaciones y ascesis. Halagaba entonces sus sentidos y sugería a su cuerpo adolescente los acostumbrados ardores de la voluptuosidad. Así, el soldado de Cristo se veía obligado a pensar en aquello que ignoraba y a revolver en su espíritu la pompa que no había conocido por experiencia. Airado, pues, consigo mismo y golpeándose el pecho con los puños como si pudiera echar fuera los pensamientos con los golpes de sus manos, decía: *¡Asno, no te dejaré dar patadas, no te alimentaré con cebada sino con paja, te agotaré de hambre y sed, te cargaré con pesada carga, te someteré al calor y al frío para que pienses más en el alimento que en la concupiscencia!*

Por eso, cada dos o tres días sustentaba su vida desfalleciente con jugo de hierbas y unos pocos higos, orando con frecuencia y salmodiando, trabajando la tierra con la azada, para que la fatiga del trabajo redoblara la de los ayunos. A la vez, tejiendo canastas de juncos, emulaba la disciplina de los monjes de Egipto y la sentencia del Apóstol que dice: *El que no trabaja que tampoco coma*¹⁹. Estaba tan extenuado, su cuerpo tan consumido, que apenas sostenía sus huesos.

6. Alucinaciones²⁰. Una noche oyó el gemido de un niño, el balar de ovejas, el mugido de

bueyes, llanto como de mujerzuelas, rugidos de leones, el ruido de un ejército y un monstruoso clamor de voces de todo tipo, a tal punto que estuvo por ceder aterrado ante tal sonido, aun antes de haber visto algo. Comprendió que eran los engaños de los demonios, y cayendo de rodillas signó su frente con la señal de la cruz. Armado con aquel yelmo y envuelto con la coraza de la fe, postrado en tierra, luchaba más vigorosamente, deseando ver de alguna manera a aquellos a quienes le horrorizaba oír y mirando a su alrededor, aquí y allá, con ojos ansiosos. De improviso, a la claridad de la luna, vio precipitarse sobre él un carro de fogosos caballos. Invocó en alta voz el nombre de Jesús²¹ y la tierra se abrió repentinamente ante sus ojos y todo ese aparato fue tragado por el abismo. Entonces dijo: *Arrojó al mar caballo y caballero*²², y *Unos confían en sus carros, otros en su caballería; nosotros invocamos el nombre de nuestro Dios*²³.

7. Visiones. Muchas y variadas fueron las tentaciones y las insidias del demonio, tanto de día como de noche; si quisiera narrarlas todas, excedería los límites de este libro. ¡Cuántas veces, mientras estaba acostado, se le aparecieron mujeres desnudas; cuántas veces, estando hambriento, vio succulentas comidas! Algunas veces mientras oraba le saltó encima un lobo que aullaba y una zorra que gruñía; y mientras salmodiaba se le presentó el espectáculo de una lucha de gladiadores, y uno de ellos, que parecía herido de muerte, se arrojó a sus pies y le suplicó que lo enterrase.

8. El caballero. Una vez estaba orando con la cabeza fija en tierra y, como es común en la naturaleza humana, su mente distraída de la oración pensaba en no sé qué otra cosa. Entonces saltó sobre sus espaldas un cochero impetuoso que, golpeándole el costado con sus botas y azotando su lomo con un látigo le gritó: *Eh, ¿por qué dormitas?* Y además de esto, riendo a carcajadas, viéndolo desfallecer, le preguntaba si deseaba su ración de cebada.

9. La choza. Desde los dieciséis hasta los veinte años se protegió del calor y de la lluvia en una pequeña cabaña levantada con juncos y hojas de higuera entretejidos. Después tuvo una pequeña celda que construyó y que permanece hasta hoy, de cuatro pies de ancho y cinco de alto, es decir, más baja que su propia estatura y un poco más larga de lo que necesitaba su cuerpo. Se la podía considerar más como sepulcro que como vivienda.

10. Género de vida. Se cortaba el cabello una vez al año, en el día de Pascua; durmió hasta su muerte sobre la tierra desnuda en una estera de juncos. Nunca lavó el tosco saco con el que vestía, diciéndose que era superfluo buscar limpieza en un cilicio. Tampoco cambió su túnica por otra, a menos que la anterior estuviese casi reducida a harapos.

Habiendo aprendido de memoria las Sagradas Escrituras, las recitaba después de las oraciones y de los salmos, como si Dios estuviera allí presente²⁴. Y como sería muy largo describir su progreso espiritual con sus diversas etapas, momento a momento, lo resumiré brevemente presentando el conjunto de su vida ante los ojos del lector y luego volveré al orden de la narración.

11. Alimentos. Desde los veintiún años hasta los veintisiete, se alimentó durante tres años con medio sextario de lentejas humedecidas con agua fría, y los otros tres años, con pan seco, sal y agua. Luego desde los veintisiete años hasta los treinta se sustentó con hierbas del campo y raíces crudas de ciertos arbustos. Desde los treinta y un años hasta los treinta y cinco su alimento consistió en seis onzas de pan de cebada y verduras poco cocidas, sin aceite.

Pero cuando sintió que sus ojos se oscurecían y que todo su cuerpo quemado por un sarpullido se arrugaba cubierto por una costra áspera como piedra pómez, añadió al alimento anterior aceite, y, hasta los sesenta y tres años, siguió practicando este régimen de abstinencia, no probando absolutamente nada más, ni frutas, ni legumbres ni ninguna otra cosa²⁵.

Entonces, viéndose fatigado en el cuerpo y pensando que se aproximaba su muerte, desde los sesenta y cuatro años hasta los ochenta, se abstuvo nuevamente de pan, impulsado por un increíble fervor de espíritu, propio del que se inicia en el servicio del Señor, en una época en que los demás suelen vivir menos austeramente. Como alimento y bebida se hacía una sopa de harina y verduras trituradas que pesaba apenas cinco onzas. Cumpliendo esta

regla de vida nunca rompió el ayuno antes de la puesta del sol, ni siquiera en los días de fiesta, o cuando estaba gravemente enfermo. Pero ya es tiempo de que retomemos el hilo del relato.

12. Los asaltantes nocturnos. A la edad de dieciocho años, cuando aún habitaba en su pequeña choza, una noche llegaron ladrones pensando que encontrarían algo para llevarse. Consideraban una afrenta que un anacoreta tan joven no temiera sus ataques.

Desde la tarde hasta la salida del sol recorrieron el terreno entre el mar y los pantanos, sin poder encontrar el lugar de su refugio. Finalmente habiendo hallado al muchacho con la luz del día le preguntaron en broma: *¿Qué harías si te atacaran ladrones?* Él respondió: *El que está desnudo no tiene miedo de los ladrones.* Le dijeron: *Ciertamente podemos matarte. Sí, pueden,* dijo él, *pero tampoco tengo miedo porque estoy preparado para morir.*

Ellos, admirados de su firmeza y de su fe, le confesaron su extravío nocturno y la ceguera de sus ojos, y le prometieron que en adelante llevarían una vida más honesta.

III- La primera serie de milagros²⁶

13. La mujer sin hijos. Ya había cumplido veintidós años en el desierto y su fama era conocida por todos pues se había difundido por todas las ciudades de Palestina. Una mujer de Eleuterópolis²⁷ a quien su marido despreciaba a causa de su esterilidad—durante quince años de matrimonio no había dado frutos— fue la primera que se atrevió a presentarse ante Hilarión y, sin que él pudiera imaginar algo semejante, repentinamente se arrojó a sus pies y le dijo:

Perdona mi atrevimiento, pero considera mi necesidad. ¿Por qué apartas tus ojos? ¿Por qué huyes de la que te suplica? No mires en mí a una mujer, sino a una afligida. Mi sexo engendró al Salvador. *No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos²⁸.*

Finalmente Hilarión se volvió hacia ella—después de tanto tiempo no veía una mujer— y le preguntó el motivo de su venida y de sus lágrimas. Una vez informado, levantando los ojos al cielo la exhortó a tener confianza y con lágrimas la despidió. Pasado un año la vio con un hijo²⁹.

14. Aristenete. Este comienzo de sus milagros se hizo aun más célebre por otro milagro mayor. Cuando Aristenete, mujer de Helpidio—que después fue prefecto del pretorio³⁰— muy conocida entre los suyos y más aun entre los cristianos, regresaba con su marido y sus tres hijos después de haber visitado a San Antonio, se detuvo en Gaza a causa de una enfermedad que los había atacado. Allí, sea por el aire contaminado, sea, como después se manifestó, para la gloria del siervo de Dios, Hilarión, todos fueron asaltados al mismo tiempo por fiebres tercianas y los médicos habían desesperado de su recuperación. La madre yacía gimiendo en alta voz e iba de un hijo al otro, semejantes ya a cadáveres, sin saber a cuál llorar primero.

Habiendo oído que en el cercano desierto había un monje, olvidando su rango de señora respetable—sólo consideraba su ser de madre— fue allí acompañada de doncellas y de eunucos. Su marido a duras penas consiguió que hiciese el viaje sentada sobre un asno. Cuando llegó a la presencia de Hilarión le dijo:

En el nombre de Jesús, nuestro misericordiosísimo Dios, te conjuro por su cruz y por su sangre que me devuelvas a mis tres hijos y así sea glorificado el nombre del Señor Salvador en esta ciudad pagana. Que su siervo entre en Gaza, y Marnas sea destruido.

Él se resistía, diciendo que nunca había salido de su celda y que no estaba habituado a entrar en las ciudades, ni siquiera en una aldea. Ella, postrada en tierra, decía una y otra vez: *Hilarión, siervo de Cristo, devuélveme a mis hijos. Antonio los tuvo en brazos en Egipto, sálvalos tú en Siria³¹.*

Todos los presentes lloraban y también él, negándose, lloró. ¿Qué más puedo decir? La mujer no partió hasta que él no le hubo prometido que entraría en Gaza después de la puesta del sol. Cuando llegó allí, haciendo la señal de la cruz sobre el lecho de cada uno y sobre sus miembros afiebrados, invocó el nombre de Jesús y, cosa admirable, de inmediato el sudor de los enfermos brotó hacia afuera como de tres fuentes. Entonces, en ese mismo instante tomaron alimentos y reconociendo a su madre que lloraba besaron las manos del Santo, bendiciendo a Dios.

Cuando esto se supo y la noticia se divulgó a lo largo y a lo ancho, acudían a él multitudes de Siria y Egipto, de modo que muchos creyeron en Cristo y abrazaron la vida monástica. No

había todavía monasterios³² en Palestina y nadie en Siria había conocido a un monje antes que Hilarión. Él fue el fundador y el primer maestro de este estilo de vida y de esta ascesis en aquella provincia³³. El Señor Jesús tenía en Egipto al anciano Antonio, y en Palestina al joven Hilarión.

15. Un ciego ve. Facidia es un barrio de Rhinocorura, ciudad de Egipto³⁴. De allí, llevaron al beato Hilarión una mujer ciega desde hacía diez años. Le fue presentada por varios hermanos, muchos de los cuales eran monjes. Ella le dijo que había gastado todos sus bienes en médicos. Entonces él le respondió: *Si hubieras dado a los pobres lo que perdiste en médicos, Jesús, el verdadero médico, te habría curado.*

Como ella gritaba suplicando misericordia, él tocó sus ojos con saliva y enseguida, a ejemplo del Salvador, ocurrió el milagro de la curación³⁵.

16. El cochero de Gaza. También un cochero de Gaza, que iba sentado en su carruaje, fue golpeado por un demonio. Quedó totalmente tieso, al punto de no poder mover las manos ni doblar el cuello. Colocado sobre un lecho y sólo pudiendo mover la lengua para orar, oyó que le decían que no podría sanar sino creyendo en Jesús, y prometiendo renunciar a su antigua profesión. Entonces creyó, prometió y fue sanado, y se alegró más por la salud de su alma que por la de su cuerpo.

17. Marsitas. Había un joven muy fuerte llamado Marsitas, del territorio de Jerusalén, que se jactaba de tener una fuerza tan grande que podía llevar cargados durante mucho tiempo y por un largo trecho quince modios de trigo. Se gloriaba de tener una fuerza superior a la de los asnos. Estaba poseído por un demonio malísimo, y no lo podían detener ni cadenas, ni grillos, ni cerrojos, ni puertas. Con sus mordiscos había cortado a muchos la nariz o las orejas. A uno le había roto los pies y a otros la garganta. A tal punto había llenado de terror a todos que, atado con cuerdas y cadenas lo arrastraron al monasterio como a un toro enfurecido.

Cuando los hermanos lo vieron, llenos de terror —era un hombre de extraordinaria corpulencia— avisaron al padre. Este, permaneciendo sentado, ordenó que se lo trajeran y que lo soltaran. Una vez que lo dejaron le dijo: *Inclina la cabeza y ven.* Él comenzó a temblar y a doblar el cuello, y ni siquiera se atrevía a mirar a Hilarión; depuesta toda su ferocidad comenzó a lamer los pies del que estaba sentado. Así, el demonio que había poseído al joven, exorcizado y castigado, salió de él al cabo de siete días.

18. Orión. Tampoco podemos callar lo referente a Orión, hombre importante y acaudalado de la ciudad de Aila, situada junto al mar Rojo. Estaba poseído por una legión de demonios y fue conducido a Hilarión. Sus manos, cuello, caderas y pies estaban cargados de cadenas; sus ojos, torvos y amenazadores, expresaban la crueldad de su furor.

Mientras el santo caminaba con los hermanos y les interpretaba cierto pasaje de la Escritura, aquél escapó de las manos que lo sujetaban y tomando a Hilarión por detrás lo levantó en alto. Un gran clamor brotó de todos, pues temieron que destrozase sus miembros debilitados por el ayuno. El santo sonriendo dijo: *Tranquilos, déjenme con mi adversario en la arena.* Y así, pasando la mano sobre sus hombros tocó la cabeza de Orión y tomándolo por los cabellos lo trajo ante sus pies, reteniéndolo frente a sí con ambas manos y pisando con sus propios pies los pies de aquél, y repetía: ¡Retuércete! Y mientras Orión gemía y, bajando el cuello tocaba el suelo con la cabeza, Hilarión dijo:

Señor Jesús libra a este desgraciado, libra a este cautivo; así como vences a uno puedes vencer a muchos.

Y sucedió algo inaudito: de la boca del hombre salían diversas voces y como el clamor confuso de un pueblo³⁶.

Una vez curado también éste, poco tiempo después fue al monasterio con su mujer y sus hijos para dar gracias, llevando muchos regalos. El santo le dijo:

“¿No has leído lo que sufrieron Giezei y Simón³⁷, uno por haber recibido y el otro por haber ofrecido dinero? Aquel quería vender la gracia del Espíritu Santo, éste otro quería comprarla”. Y como Orión llorando insistía: “Tómalo y dáselo a los pobres”, Hilarión respondió: Tú puedes distribuir tus bienes mejor que yo, pues tú recorres las ciudades y conoces a los pobres. Yo, que abandoné lo mío ¿por qué voy a desear lo ajeno? Para muchos el nombre de los pobres es una ocasión de avaricia, la

misericordia en cambio no conoce artificios. Nadie da mejor que el que no se reserva nada para sí. Orión entristecido yacía en tierra. Entonces Hilarión le dijo: "Hijo, no te contristes. Lo que hago por mí lo hago también por ti. Si aceptara estos presentes ofendería a Dios y la legión de demonios volvería a ti".

19. El paralítico de Maiuma. Y ¿cómo pasar en silencio lo referente a Zanano de Maiuma? Mientras cortaba piedras traídas de la orilla del mar, no lejos del monasterio de Hilarión, para una construcción, fue atacado por una parálisis en todos sus miembros. Sus compañeros de trabajo lo condujeron al santo. Sanó inmediatamente y pudo retornar a su obra.

La costa que se extiende desde Palestina a Egipto, suave por naturaleza, se torna áspera a causa de la arena que se endurece como piedra, tornándose paulatinamente más sólida. Entonces deja de ser una arenilla para el tacto, aunque siga conservando la apariencia de tal.

20. Itálico, criador de caballos³⁸. Itálico ciudadano cristiano de la misma localidad, criaba caballos para el circo, compitiendo con un magistrado romano de Gaza, que era adorador del ídolo Marnas.

En las ciudades romanas se conservaba desde los tiempos de Rómulo el recuerdo del feliz raptó de las Sabinas. Las cuadrigas recorren siete veces el circuito en honor de Conso, el dios de los consejos. La victoria consiste en eliminar los caballos del adversario³⁹.

Como su rival tenía un hechicero que con encantamientos demoníacos frenaba los caballos de aquél e incitaba a correr a los propios, Itálico fue a ver a Hilarión y le suplicó no tanto que dañara al adversario cuanto que protegiera sus animales.

Al venerable anciano no le pareció razonable hacer oración por un motivo tan fútil. Sonrió y le dijo: *¿Por qué más bien no das a los pobres el precio de la venta de tus caballos, para la salvación de tu alma?* Él respondió que se trataba de un empleo público que realizaba no por propia voluntad sino por obligación. Como cristiano él no podía emplear artes mágicas, pero sí pedir ayuda a un siervo de Cristo, especialmente contra los habitantes de Gaza, enemigos de Dios que insultaban no tanto a él como a la Iglesia de Cristo.

A ruego de los hermanos que se hallaban presentes, Hilarión ordenó que llenaran de agua el vaso de terracota en el que solía beber, y que se lo dieran a aquel hombre. Itálico lo llevó y roció con él el establo, los caballos y sus cocheros, el coche y los cerrojos del recinto. Era extraordinaria la expectativa de la gente. El adversario se había reído, burlándose de ese gesto, mientras que los partidarios de Itálico exultaban prometiéndose una victoria segura.

Dada la señal unos corrieron rápidamente mientras que los otros quedaron impedidos. Bajo el coche de aquellos, las ruedas ardían; éstos apenas veían la espalda de los que se adelantaban como volando. Entonces se elevó un grandísimo clamor de la multitud, al punto de que también los paganos gritaron: *Marnas ha sido vencido por Cristo*. Mas los adversarios de Hilarión, furiosos, pidieron que éste, como hechicero de los cristianos, fuera llevado al suplicio⁴⁰.

La victoria indiscutible de aquellos juegos del circo y los otros hechos precedentes fueron la ocasión de que un gran número de paganos abrazara la fe.

21. Una joven librada de un encantamiento mágico. Un joven del mismo mercado de Gaza amaba perdidamente a una virgen de Dios que habitaba cerca. No había tenido éxito ni con sus frecuentes halagos, ni con gestos, ni silbidos, ni otras cosas semejantes que suelen ser el comienzo de la muerte de la virginidad. Entonces se fue a Menfis para revelar su herida de amor, regresar y ver a la doncella armado con artes mágicas.

Después de un año, instruido por los sacerdotes de Esculapio, que no cura la almas sino que las pierde, vino con el propósito de realizar el estupro que había anticipado en su imaginación. Enterró bajo el umbral de la casa de la doncella ciertas palabras y figuras extrañas grabadas en una lámina de bronce de Chipre. Repentinamente la virgen enloqueció, arrojó el velo, se soltó la cabellera, y rechinando los dientes llamaba a gritos al joven. La vehemencia del amor se había convertido en locura.

Entonces, fue llevada por sus padres al monasterio y la encomendaron al anciano. El demonio aullaba y declaraba:

"¡He sufrido violencia. He sido traído aquí contra mi voluntad! ¡Qué bien engañaba a los hombres en Menfis con mis sueños! ¡Cuántas cruces, cuántos tormentos estoy sufriendo. Me obligas a salir pero estoy atado bajo el umbral. No puedo salir si no me suelta el joven que me retiene!" Entonces el

anciano le dijo: "¡Grande es tu fuerza si te logra retener un cordón y una lámina! Dime, ¿por qué te has atrevido a entrar en una doncella consagrada a Dios?" "Para conservarla virgen", respondió aquél. "¿Conservarla tú, el enemigo de la castidad? ¿Por qué no entraste más bien en el que te envió?". Pero él respondió: "¿para qué iba a entrar en él, si ya tiene un colega mío, el demonio del amor?".

El santo quiso purificar a la virgen antes de mandar a buscar al joven y sus objetos mágicos. Así no parecería que el demonio se había retirado sólo porque los encantamientos habían sido quitados o porque hubiese prestado crédito a las palabras del demonio, justamente él que aseguraba que los demonios son mentirosos y astutos para fingir. Por eso, después de haber devuelto la salud a la virgen, la reprendió ásperamente por haber hecho algo que permitió al demonio entrar en ella.

22. Un oficial de Constancio liberado. La fama del santo se había divulgado no sólo en Palestina y en las ciudades vecinas de Egipto y Siria, sino también en las provincias lejanas.

Un oficial del Emperador Constancio, de roja cabellera y que por la blancura de su cuerpo indicaba la provincia de donde provenía (su pueblo natal está situado entre los sajones y los alemanes, región no tan extensa como fuerte, llamada Germania por los historiadores y ahora Francia)⁴¹, desde hacía mucho, desde su infancia, estaba poseído por un demonio que lo obligaba a ulular durante la noche, a gemir y a rechinar los dientes. En secreto pidió al emperador un salvoconducto para ver al anciano, indicándole sencillamente el motivo. También recibió cartas para el gobernador de Palestina y fue conducido a Gaza con gran honor y escolta. Cuando preguntó a los decuriones de ese lugar dónde habitaba el monje Hilarión, los ciudadanos de Gaza se aterraron, pensando que había sido enviado por el emperador. Lo llevaron al monasterio para honrar al emisario y de este modo, si en algo habían ofendido a Hilarión, este gesto borraría todo.

En ese momento, el anciano se paseaba por las suaves arenas murmurando para sí los versículos de algún salmo. Al ver tanta gente que se acercaba se detuvo, devolvió el saludo a todos y los bendijo con la mano. Después de una hora ordenó a los otros que se fueran y le dijo al visitante que se quedara con sus servidores y guardias. Por la expresión de sus ojos y de su rostro había comprendido el motivo de su venida.

De inmediato, ante la pregunta del siervo de Dios, el hombre fue levantado en alto, de modo que apenas tocaba la tierra con los pies, y con un fortísimo rugido respondió en lengua siria, en la cual había sido interrogado. Se oyeron salir de la boca de aquel bárbaro, que sólo conocía la lengua franca y la latina, palabras sirias con una pronunciación muy pura. No faltaban los estridores, ni las aspiraciones, ni ninguna otra característica del lenguaje palestinese. El demonio confesó de qué modo había entrado en él. Y para que pudieran entender los intérpretes, que sólo conocían el griego y el latín, Hilarión también lo interrogó en griego. Él respondió, e hizo alusión a los numerosos ritos de encantamiento y a los procedimientos infalibles de las artes mágicas. Hilarión le dijo: *No me interesa saber cómo entraste pero te ordeno que salgas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.*

Cuando fue curado, el bárbaro ofreció con ingenua simplicidad diez libras de oro. Él recibió de Hilarión un pan de cebada y le oyó decir que quienes comían de ese pan consideraban el oro como barro.

23. Animales curados. Pero no basta con hablar de los hombres. Cada día le llevaban animales furiosos. Por ejemplo, un día le llevaron un camello de enorme tamaño, conducido por más de treinta hombres y atado con solidísimas cuerdas, en medio de grandes gemidos. Ya había pisoteado a muchos.

Sus ojos estaban inyectados en sangre, le salía espuma por la boca y movía su lengua hinchada. Pero lo que más temor infundía era el resonar de sus feroces rugidos.

El anciano ordenó que lo desataran. De inmediato tanto los que lo habían traído como los que estaban con el anciano huyeron, sin excepción, en todas direcciones. Entonces él avanzó solo al encuentro del animal y le dijo: *Diablo, no me asustas con tu inmenso cuerpo. En una rapocilla o en un camello siempre eres el mismo.*

Mientras tanto, se mantenía firme con la mano extendida. Cuando la bestia, furiosa se acercó a él como para devorarlo, súbitamente se desplomó y bajó la cabeza hasta la tierra. Todos los presentes se maravillaron al ver tan repentina mansedumbre después de tanta ferocidad.

El anciano les enseñaba que, para dañar a los hombres, el diablo atacaba también a los animales domésticos; que ardía en un odio tan grande contra los hombres que quería hacerlos perecer no sólo a ellos, sino también a sus posesiones. Para ilustrar esto proponía el ejemplo de Job: antes de haber obtenido permiso para tentarlo, el diablo había destruido todos sus bienes. Y a nadie debía turbar el hecho de que, por orden del Señor, dos mil cerdos fueron aniquilados por los demonios⁴². De otro modo los que lo vieron no hubieran podido creer que una tal multitud de demonios podía salir de un solo hombre, si no hubiesen visto con sus propios ojos arrojarse al mar, al mismo tiempo, semejante cantidad de cerdos.

IV- Preocupación pastoral y éxodo⁴³

24. Antonio honra a Hilarión. Me faltaría tiempo si quisiera narrar todos los milagros realizados por él. El Señor lo había elevado a tan alta gloria, que el bienaventurado Antonio, habiendo oído acerca de su modo de vida, le escribió y, con gran placer, recibía sus cartas. Cuando iban a él enfermos de las regiones de Siria les decía: *¿Por qué se molestan en venir de tan lejos cuando tienen allí a mi hijo Hilarión?*

Su ejemplo hizo que comenzaran a surgir innumerables monasterios en toda la Palestina y los monjes acudían en gran número hacia él⁴⁴. Al ver esto Hilarión alababa la gracia de Dios y exhortaba a cada uno a trabajar en provecho de su alma, diciéndoles que la apariencia de este mundo pasa⁴⁵ y que la verdadera vida es la que se obtiene a costa de los sufrimientos de la vida presente.

25. Hilarión visita los monasterios. Queriendo dar un ejemplo de humildad y de deferencia Hilarión visitaba las celdas de los monjes en días establecidos, antes de la vendimia. Cuando los hermanos se enteraron de esto, todos acudían a él y, en compañía de semejante guía, recorrían los monasterios llevando sus propios víveres porque a veces se reunían hasta dos mil hombres. Con el andar del tiempo cada aldea comenzó a ofrecer con alegría alimento a los monjes de la vecindad, para que pudieran acoger a aquellos santos.

Cuánto fue su celo para que no se descuidara a ninguno de los hermanos por más humilde o más pobre que fuera, se puede deducir de esto: mientras se dirigía al desierto de Cades para visitar a uno de sus discípulos, llegó a Elusa⁴⁶ con una inmensa multitud de monjes en el día en que las celebraciones anuales habían reunido en el templo de Venus a toda la población de la ciudad.

Se venera a esa diosa a causa de Lucifer, a cuyo culto está dedicado aquel pueblo de sarracenos. La misma ciudad es en gran parte semibárbara a causa de su situación geográfica. Así, cuando supieron que San Hilarión pasaba por allí, como él había curado a muchos sarracenos atacados por el demonio, todos juntos le salieron al encuentro acompañados por sus mujeres e hijos, inclinando sus cabezas y gritando en lengua siria: *Barech*, es decir: *Bendícenos*. Él, recibéndolos con dulzura y humildad, les rogaba que veneraran a Dios y no a esas piedras, y al mismo tiempo lloraba copiosamente mirando al cielo, asegurándoles que vendría a verlos más a menudo si creyeran en Cristo. ¡Oh admirable gracia del Señor: no lo dejaron partir antes de que trazara el plano de una futura iglesia, y de que su sacerdote, que ya estaba marcado con la corona, fuera también signado con la señal de Cristo!

26. El monje avaro. Otro año, cuando iba a salir a visitar las celdas, anotó en una hoja en cuáles iba a detenerse y cuáles iba a visitar sólo de paso.

Los monjes sabían que uno de los hermanos era avaro y deseando curarlo de ese vicio le rogaban que se detuviera con él. Hilarión les dijo: *¿Por qué quieren perjudicarse a ustedes mismos y molestar al hermano?*

Cuando el hermano avaro oyó estas palabras se ruborizó pero, apoyado por la insistencia de todos y con gran trabajo, consiguió que Hilarión incluyera su celda en la lista de las etapas.

Diez días después llegaron donde él. Había puesto guardias en la viña, como si se tratase de una granja. Los guardias apartaban a los que se acercaban arrojando piedras y cascotes de tierra y tiros de honda, de modo que todos partieron por la mañana sin haber podido comer las uvas, mientras el anciano, riendo, aparentaba no darse cuenta de lo que había sucedido.

27. Sabas, el monje generoso. Luego fueron recibidos por otro monje llamado Sabas — callamos el nombre del avaro y damos a conocer el del generoso—. Como era domingo los invitó a todos a la viña para que, antes de la comida, pudieran aliviar la fatiga del camino con las uvas. Pero el santo dijo:

¡Maldito el que se preocupa de la refección del cuerpo antes que la del alma! Oremos, cantemos salmos, tributemos honra al Señor y sólo entonces iremos a la viña.

Terminado el servicio divino, estando de pie en un lugar elevado, bendijo la viña y el rebaño para que se alimentaran. Los que comieron no eran menos de tres mil.

Si bien la producción de la viña, cuando aún estaba intacta, había sido estimada en unas cien botellas, después de veinte días produjo trescientas. En cambio el hermano avaro recogió una cosecha mucho menor, y lo poco que había recogido se le convirtió en vinagre. Demasiado tarde se lamentó. El anciano había predicho a muchos hermanos que sucedería así. Hilarión detestaba sobre todo a los monjes que, por poca fe, se reservaban parte de sus bienes para el futuro y se preocupaban por los gastos, por el vestido o por algunas de esas cosas que pasan junto con este mundo.

28. Un hermano demasiado cauteloso⁴⁷. En este sentido se había apartado de un hermano que vivía a unas cinco millas, porque se enteró que cuidaba su huerta con excesiva preocupación y temor, y porque se guardaba algo de dinero⁴⁸.

Como quería reconciliarse con el anciano, visitaba a los hermanos con frecuencia, principalmente a Hesiquio, a quien Hilarión amaba mucho. Un día llevó un manojo de habas frescas, que ya estaban maduras. Cuando Hesiquio las puso por la tarde sobre la mesa, el anciano, que lo había ido a visitar, exclamó que no podía soportar el olor y preguntó de dónde provenía. Hesiquio le respondió que un hermano había traído las primicias de su huerta para los hermanos. Entonces el anciano le dijo:

"¿No sientes ese olor espantoso? ¿No sientes en las habas el olor de la avaricia? ¡Arrójalas a los bueyes, arrójalas a los animales irracionales y fíjate si los comen!"

Él, según el mandato recibido las puso en el pesebre. Entonces los bueyes, aterrados y mugiendo más fuerte que de costumbre, rompieron sus cadenas y huyeron en todas direcciones. El anciano Hilarión tenía la gracia de saber, por el olor de los cuerpos, de los vestidos y de las cosas que alguien había tocado, a qué demonio o a qué vicio estaba sometido.

29. Nostalgia del pasado. Muerte de San Antonio⁴⁹. Había alcanzado los sesenta y tres años de edad. Viendo cómo se habían agrandado sus celdas y la multitud de hermanos que habitaban con él y la cantidad de enfermos y posesos de todo tipo que le llevaban, lloraba todos los días y recordaba con increíble nostalgia su anterior estilo de vida. El desierto circundante estaba poblado por gente de todo tipo.

Cuando los hermanos le preguntaron qué le sucedía, y por qué estaba tan abatido, les respondió: "He retornado al mundo y ya he recibido mi recompensa en vida. Los hombres de Palestina y de las provincias vecinas me consideran una persona importante, y, con el pretexto de proveer a las necesidades de los hermanos y de las celdas poseo utensilios despreciables"⁵⁰.

Los hermanos lo cuidaban, especialmente Hesiquio, que con admirable amor se había entregado a la veneración del anciano. Vivió así llorando durante dos años, cuando fue a verlo aquella Aristenete que ya mencionamos más arriba⁵¹, esposa del prefecto, pero que no tenía nada en común con él. Ella tenía la intención de ir a visitar a Antonio. Hilarión llorando le dijo:

Yo también hubiera querido ir si no fuera porque estoy encerrado en la cárcel de estas celdas, y si tuviese algún sentido el hacerlo. Porque hace dos días el mundo ha quedado huérfano de este padre.

Ella le creyó y no continuó su viaje. Pocos días después llegó la noticia de que Antonio se había dormido en el Señor.

V- Peregrinación, muerte y más allá

30. Hilarión huye a Egipto⁵². Que otros admiren los milagros y portentos que hizo; que

admiren su increíble abstinencia, ciencia, humildad; en cuanto a mí nada me asombra tanto como que haya podido pisotear la gloria y el honor. Acudían obispos, presbíteros, grupos de clérigos y monjes, también nobles damas cristianas —terrible tentación— y de uno y otro lugar de las ciudades y del campo, las gentes de condición humilde pero también hombres poderosos y altos magistrados, para recibir de él pan o aceite bendito⁵³.

Pero él no pensaba sino en la soledad, al punto de que un día decidió partir, y habiendo traído un asno —ya que estaba muy consumido por los ayunos y apenas podía caminar— intentó ponerse en camino⁵⁴. Cuando ésto se supo, como si se hubiera anunciado en Palestina una calamidad o luto público, se congregaron más de diez mil hombres de diversa edad y sexo para retenerlo. Él permanecía inflexible ante las súplicas, y removiendo la arena con su báculo les dijo: *No puedo hacer mentir a mi Señor. No puedo ver las iglesias destruidas, los altares de Cristo pisoteados, la sangre de mis hijos*. Todos los presentes comprendieron que se le había revelado un secreto que no quería manifestar. Con todo lo vigilaban para que no partiera⁵⁵.

Entonces llamando a todos por testigos afirmó públicamente que no comería ni bebería nada, si no lo dejaban partir. Después de siete días de abstinencia, finalmente fue liberado, y, habiendo saludado a muchos, partió. Llegó a Betelia con una multitud de acompañantes. Allí convenció a la gente que regresara y eligió unos cuarenta monjes que, llevando algunas provisiones, pudieran seguirlo en ayunas. El quinto día llegó a Pelusio⁵⁶, y después de haber visitado a los hermanos que estaban en el desierto vecino y vivían en Lykonos, caminó tres días hasta el fuerte de Taubasto, para poder ver a Draconcio, obispo y confesor que estaba allí desterrado. Gracias a esa visita fue increíblemente consolado con la presencia de un hombre tan grande. Entonces, con otros tres días de gran fatiga llegó a Babilonia⁵⁷, para ver al obispo Filón, confesor él también. El emperador Constancio, que favorecía la herejía de los arrianos, había deportado a ambos a aquellos lugares.

Partió de allí tres días después y llegó a la ciudad de Afroditón⁵⁸, donde encontró al diácono Besano, el cual solía ayudar a los que iban a ver a Antonio, alquilando dromedarios, a causa de la escasa agua del desierto. Hilarión reveló a los hermanos que se acercaba el día del aniversario de la muerte del bienaventurado Antonio y que debía celebrar la vigilia nocturna en el mismo lugar en que había muerto⁵⁹. Por tanto, durante tres días atravesaron aquella vasta y terrible soledad hasta llegar a un monte altísimo, donde encontraron a dos monjes: Isaac y Peluso; Isaac había sido el intérprete de Antonio⁶⁰.

31. En lo de Antonio. Ya que se presenta la ocasión y hemos tocado este tema, nos parece justo describir brevemente la habitación de este hombre tan grande. Un monte rocoso y muy alto deja correr las aguas divididas en brazos hasta su base. Algunos de ellos se sumergían en la arena, otros, corriendo hacia abajo, forman un riachuelo en cuyas orillas crecen innumerables palmeras que tornan el lugar muy agradable y acogedor⁶¹. Hubieras visto al anciano correr de aquí para allá con los discípulos del bienaventurado Antonio.

Aquí, decían, solía salmodiar, orar, trabajar, aquí descansaba cuando estaba fatigado. Estas viñas y estos arbustos los plantó él; ese huerto lo dispuso con sus propias manos; este estanque para regar la pequeña huerta lo construyó él mismo, con mucho esfuerzo; esta pala le sirvió durante muchos años para cavar la tierra.

Hilarión se acostaba sobre la cama de Antonio y besaba ese lecho como si aún estuviera caliente. La pequeña celda, por sus cuatro lados, no medía más que el cuerpo de un hombre extendido para dormir. Además, en la cumbre altísima del monte, adonde subieron por un camino muy escarpado en forma de caracol, vieron dos celditas de la misma medida a las cuales iba Antonio cuando quería huir de la frecuencia de los visitantes y de la compañía de sus discípulos. Estaban cavadas en la roca y sólo se le habían añadido las puertas.

Una vez llegados a la huerta Isaac dijo:

¿Ven estos árboles frutales y estas verdes hortalizas? Hace tres años, cuando una manada de asnos salvajes los estaba devastando, ordenó a uno de los que iban al frente que se detuviera y golpeándole los costados con su bastón le dijo: “¿Por qué comen lo que no han sembrado?” Desde entonces, excepto las aguas que venían a beber, nunca más tocaron nada, ni frutales ni hortalizas⁶².

El anciano rogó también que le mostraran el lugar de la sepultura de Antonio. Ellos lo llevaron aparte, no sabemos si se lo mostraron o no, y le dijeron que, según orden de Antonio, querían esconder el lugar de su sepultura para impedir que Pergamio, la persona más rica de aquellos lugares, llevara a su ciudad el cuerpo del santo y construyera un santuario sobre su tumba.

32. Hilarión obtiene la lluvia⁶³. Luego, habiendo regresado a Afroditón, permaneció en el desierto vecino, reteniendo consigo sólo a dos hermanos, observando tanta abstinencia y silencio que recién allí, según decía, había comenzado a servir a Cristo. Hacía ya tres años que el cielo permanecía cerrado y había tornado áridas esas tierras, de tal modo que la gente decía que también la naturaleza lloraba la muerte de Antonio. La fama de Hilarión no permaneció oculta a los habitantes del lugar y, a porfía, hombres y mujeres con rostro macilento y consumidos por el hambre, pedían la lluvia al siervo de Cristo, es decir al sucesor del bienaventurado Antonio.

Hilarión al verlos se conmovió profundamente y elevando los ojos al cielo y alzando las manos a lo alto, de inmediato obtuvo lo que ellos imploraban. Y he aquí que aquella región sedienta y arenosa, después que fue regada por las lluvias, se vió de improviso inundada de tal multitud de serpientes y animales venenosos que muchos fueron atacados, y si no hubieran acudido inmediatamente a Hilarión, habrían perecido. En efecto, todos los campesinos y pastores tocando sus heridas con el óleo bendito obtenían una curación segura⁶⁴.

33. Perseguido por la policía. Viendo que también aquí recibía grandes honores se fue para Alejandría. Desde allí atravesó el desierto hacia el oasis más interior, y como desde el comienzo de su vida monástica nunca había permanecido en una ciudad, se desvió para ir a hospedarse con unos hermanos conocidos suyos en Bruquio, no lejos de Alejandría.

Estos recibieron al anciano con inmensa alegría. Cuando se acercaba la noche, de repente los discípulos oyeron que estaba aparejando el asno y se preparaba para partir. Entonces, arrojándose a sus pies le rogaban que no lo hiciera, y postrados en el umbral declaraban que preferían morir antes que verse privados de tal huésped. Él les respondió: *Me apresuro a partir para no causarles molestia. Ya comprenderán por lo que a va suceder, que no sin motivo salgo apurado de aquí.* En efecto, al día siguiente los prefectos de Gaza, acompañados por los lictores —que se habían enterado que Hilarión había llegado el día anterior— entraron a las celdas y al no encontrarlo se decían unos a otros: *¿No es verdad lo que habíamos oído? Es un mago y conoce el futuro.*

En efecto, después que Hilarión dejó Palestina, Juliano había tomado el poder. Los ciudadanos de Gaza destruyeron su celda y, después de solicitárselo al emperador, obtuvieron la pena de muerte para Hilarión y Hesiquio. Y fue dada la orden de que los buscasen por toda la tierra.

34. Adrián, el falso hermano. Así, después de dejar Bruquio, Hilarión atravesó la soledad sin caminos y entró en el oasis. En ese lugar pasó alrededor de un año, pero su renombre también lo había acompañado. Parecía que ya no podía permanecer oculto en Oriente donde muchos habían oído hablar de él o de su fama, por eso pensaba navegar a las islas solitarias, para que por lo menos los mares ocultaran a aquel a quien la tierra había hecho célebre.

Por aquel tiempo llegó de Palestina su discípulo Adrián, anunciando que Juliano había sido muerto y que había comenzado a reinar un emperador cristiano, por lo cual Hilarión debía regresar a las ruinas de sus celdas. Pero él, al oírlo, rehusó y habiendo alquilado un camello, viajó a través del desolado desierto, y llegó a una ciudad portuaria de Libia: Paretonio. Allí, el infortunado Adrián que quería regresar a Palestina y buscaba la gloria amparándose en el nombre de su maestro, le infligió muchas injurias. Finalmente, hizo un paquete con lo que le habían enviado los hermanos y partió sin que él se enterara.

Como ya no habrá otra ocasión para hablar de Adrián quiero decir sólo esto para inspirar terror a quienes desprecian a sus maestros: poco tiempo después murió atacado por la podredumbre de la lepra⁶⁵.

35. Un demonio en alta mar. El anciano, teniendo como compañero a Zanano, se embarcó en una nave que se dirigía a Sicilia. Tenía la intención de pagar el viaje vendiendo un códice de los Evangelios que había transcrito en su juventud. Pero sucedió que en medio del Adriático, el hijo del propietario de la nave, poseído por un demonio, comenzó a gritar:

“Hilarión, siervo de Dios, por tu culpa no podemos estar tranquilos ni siquiera en alta mar. Dame tiempo para llegar a tierra de modo que no sea expulsado de aquí y me vea precipitado en el abismo”⁶⁶. Hilarión le respondió: “Si mi Dios te concede permanecer, quédate, pero si te expulsa, ¿por qué te la tomas conmigo que soy un hombre pecador y mendigo?”

Decía esto para que los navegantes y comerciantes que estaban en el barco no lo dieran a conocer cuando llegara a tierra. Enseguida el muchacho fue purificado y tanto el padre como los presentes aseguraron a Hilarión que no revelarían su nombre a nadie.

36. Hilarión, un verdadero pobre. Cuando entraron en Paquino, promontorio de Sicilia, ofreció al propietario de la nave el Evangelio, como precio de su viaje y del de Zanano. Pero aquél no quiso aceptarlo, sobre todo viendo que ellos tenían solamente aquel códice y la ropa con que estaban vestidos. Juró que no lo aceptaría. El anciano consintió, con la conciencia cierta de que efectivamente era pobre, y se alegraba principalmente por eso, porque no tenía ningún bien en este mundo y era considerado como mendigo por los habitantes del lugar.

37. Milagros en Sicilia. Pero luego, temiendo que los comerciantes que venían de Oriente lo dieran a conocer, huyó al interior, es decir, a veinte millas del mar, y allí, en un campito solitario ataba cada día un haz de leña y lo colocaba sobre la espalda de su discípulo. Vendía la leña en la aldea vecina y compraba alimentos para ambos y un poco de pan para los que venían a visitarlos.

Pero es verdad que, como está escrito, *no puede permanecer oculta una ciudad situada sobre una colina*⁶⁷. En la basilica de San Pedro, cuando un soldado de la guardia estaba siendo exorcizado, el espíritu inmundo que estaba en él gritó:

Hace pocos días llegó a Sicilia el siervo de Cristo, Hilarión. Nadie lo ha reconocido y él piensa que podrá permanecer oculto, pero yo iré allí y lo desenmascararé.

Inmediatamente tomó una nave en el puerto con sus siervos y desembarcó en Paquino. Y guiado por su demonio fue a postrarse delante de la choza del anciano y quedó curado inmediatamente.

Este fue el comienzo de sus milagros en Sicilia. Esto atrajo enseguida a una multitud considerable de enfermos y también de personas piadosas, a tal punto que uno de los ciudadanos más renombrados, hinchado por la hidropesía, fue curado el día mismo en que fue a ver a Hilarión⁶⁸. Después le ofreció gran cantidad de regalos, pero escuchó lo que el Salvador había dicho a sus discípulos: *Gratis han recibido, den también gratis*⁶⁹.

38. Hesiquio se reencuentra con Hilarión. Mientras acontecían estas cosas en Sicilia, su discípulo Hesiquio lo buscaba por todo el mundo, recorriendo las costas, entrando en los desiertos, y teniendo tan solo esta certeza: dondequiera que estuviese Hilarión no podría permanecer oculto por mucho tiempo. Tres años más tarde, en Metone, oyó decir a un judío que vendía trastos y ropa vieja a la gente, que en Sicilia había aparecido un profeta de los cristianos que obraba tantos milagros y prodigios que se lo creía uno de los antiguos santos. Hesiquio lo interrogó acerca de su aspecto, su modo de caminar, su lenguaje y sobre todo su edad, pero no pudo averiguar nada. El hombre declaraba que sólo le había llegado la fama de ese hombre.

Habiendo entrado en el Adriático, después de un rápido viaje, Hesiquio desembarcó en Paquino, y al pedir noticias del anciano en una aldea situada en la bahía de la costa, se enteró, por las respuestas unánimes de todos, dónde estaba y qué hacía. Lo que más admiraba a todos era que después de tan grandes prodigios y milagros nunca hubiese aceptado de ninguno de los habitantes de esos lugares ni siquiera un pedazo de pan.

Y para no alargarme termino diciendo que aquel santo hombre Hesiquio se arrojó a las rodillas de su maestro y le bañó los pies con sus lágrimas, hasta que finalmente éste lo levantó. Después de dos o tres días de coloquio, escuchó decir a Zanano que el anciano ya no podía vivir en esas regiones, y que quería ir a ciertas naciones bárbaras, donde fueran desconocidos su nombre y su fama.

39. Una boa quemada en Dalmacia⁹⁰. Lo condujo entonces a Epidauró, ciudad de Dalmacia⁷¹, adonde permaneció unos pocos días en un campo cercano a la ciudad, pero tampoco allí pudo permanecer oculto. Una serpiente⁷² inmensa que en la región es llamada "boa" —porque es tan grande que se come a los bueyes— devastaba todo a lo largo de la provincia y devoraba no sólo ganados y ovejas, sino también a los campesinos y pastores después de haberlos arrastrado hacia sí con la fuerza de su respiración.

Hilarión ordenó que preparasen una hoguera para la serpiente y, después de haberla

llamado, oró a Cristo. Entonces le mandó subir al montón de leña y le prendió fuego. Así, ante los ojos de todo el pueblo quemó a la enorme bestia.

Después Hilarión dudó: *¿Qué hacer? ¿Adónde ir?* Y preparó otra huida. Soñaba con tierras solitarias, y se afligía al ver su silencio traicionado por sus milagros portentosos.

40. Una conmoción del mar sosegada. En aquel tiempo, a causa de un terremoto acaecido en todo el mundo después de la muerte de Juliano, los mares salieron de sus límites y, como si Dios amenazara con un nuevo diluvio y las cosas retornaran al antiguo caos, las naves fueron arrastradas hasta las altas cimas de los montes y quedaban allí, como colgadas. Cuando los habitantes de Epidauro vieron las olas amenazadoras, la mole de agua y los inmensos remolinos avanzando hacia la costa, temerosos de que la ciudad fuese destruida hasta los cimientos —lo que daban por seguro— entraron en la morada del anciano, y cual si partieran para una batalla, lo llevaron a la costa. Trazó tres señales de la cruz sobre la arena y extendió las manos hacia las olas. Parecía increíble hasta qué altura se había hinchado el mar y cómo se detuvo ante él. Entonces, temblando un largo rato y como indignado ante tal obstáculo, el mar, poco a poco, retornó a su sitio.

Los campesinos de Epidauro y de toda la región lo celebran aún hoy y las madres lo cuentan a sus hijos para que trasmitan su recuerdo a los descendientes.

En verdad lo que se dijo a los Apóstoles: *Si creyesen dirían a este monte: Arrójate al mar, y así sucedería*⁷³, puede cumplirse también literalmente si uno tiene la fe de los Apóstoles, tal como el Señor ordenó que la tuvieran. ¿Qué importa si es el monte el que desciende al mar, o que una inmensa montaña de agua se endurezca súbitamente y se mantenga firme delante de los pies del anciano, mientras que vuelven mansamente hacia atrás?

41. Hacia Chipre. Toda la ciudad estaba admirada y el extraordinario milagro se había divulgado también en Salona⁷⁴. Al enterarse, el anciano huyó ocultamente de noche en una pequeña embarcación y, habiendo encontrado después de dos días una nave de carga, se dirigió a Chipre.

Entre Malea y Citera⁷⁵ unos piratas, dejando en la costa parte de sus naves, que no se manejan con vela sino con remos, les salieron al encuentro en dos embarcaciones veloces y pequeñas, dando golpes de remo y agitándose hacia uno y otro lado.

Los que estaban en la nave comenzaron a temblar, y llorando corrían de aquí para allá. Preparaban picas y, como si no bastase uno solo para dar la noticia, todos a porfía anunciaban al anciano la presencia de los piratas.

Él los vio de lejos, sonrió, y volviéndose a sus discípulos les dijo: *Hombres de poca fe, ¿por qué tienen miedo? Acaso éstos son más numerosos que el ejército del Faraón? Y, sin embargo, todos fueron sumergidos cuando Dios lo quiso*⁷⁶.

Mientras Hilarión hablaba así, las embarcaciones enemigas se acercaban, pudiéndose ver las caras exaltadas casi a la distancia de medio tiro de piedra. Él se puso de pie en la proa de la nave, y con la mano extendida contra los que se aproximaban dijo: *¡Que les baste haber llegado hasta aquí!* Y ¡cosa maravillosa e increíble! De inmediato las embarcaciones retrocedieron y tomaron la dirección opuesta, aunque los remos seguían remando en dirección contraria. Los piratas se maravillaban de retroceder contra su voluntad y, por más que ponían todo su empeño por llegar a la nave, eran arrastrados hacia la costa mucho más velozmente que cuando se dirigían a la nave.

42. Cerca de Pafos. Omíto todo lo demás para que no parezca que quiero alargar el libro narrando milagros. Sólo diré que navegando con viento favorable entre las Cícladas, oía a uno y otro lado las voces de los espíritus inmundos que gritaban desde las ciudades y aldeas y se reunían en la playa⁷⁷.

Pafos es una ciudad de Chipre famosa por los cantos que le dedicaron los poetas⁷⁸. Fue destruida más de una vez por terremotos, y aún hoy, con sus ruinas, sigue revelando el esplendor de otros tiempos. Habiendo entrado en ella, Hilarión habitaba a dos millas de la ciudad, desconocido de todos y feliz de poder vivir tranquilo unos pocos días. Pero no habían pasado todavía veinte días cuando, todos los de la isla que tenían espíritus inmundos, empezaron a gritar diciendo que había llegado Hilarión, el siervo de Cristo, y que debían acudir aprisa a él.

Este grito resonaba en Salamina, en Curio, en Lapeta y en todas las otras ciudades.

La mayoría aseguraba saber que se trataba de Hilarión y que era verdaderamente un siervo de Dios, pero ignoraban dónde estaba. Unos treinta días después, o poco más, se reunieron en torno suyo unas doscientas personas, hombres y mujeres. Al verlos, se contristó porque no lo dejaban tranquilo y, por así decir, quiso vengarse un poco sobre él mismo, y se volcó con todo fervor sobre estos importunos con una oración tan insistente que algunos fueron curados de inmediato, otros después de dos o tres días, pero todos en menos de una semana.

43. Otra vez el desierto invadido. Permaneció allí dos años, pero pensando siempre en la fuga. Envio a Palestina a Hesiquio para que saludara a los hermanos y visitase las ruinas de las celdas, con orden de que retornase para la primavera. Cuando regresase, Hilarión quería navegar nuevamente hacia Egipto, es decir, a aquellos lugares que llamaban Bucolia porque allí no había cristianos, sino solamente un pueblo bárbaro y feroz⁷⁹. Pero Hesiquio lo persuadió de que permaneciera en la isla y que se retirase a un lugar más oculto.

Cuando después de una prolongada búsqueda lo encontró, condujo a Hilarión a doce millas del mar, lejos, entre los montes solitarios y ásperos, adonde apenas se podía subir arrastrándose sobre manos y pies. Cuando hubo llegado allí Hilarión contempló ese lugar verdaderamente terrible y alejado, rodeado de árboles por todas partes. Había también aguas que corrían desde la cima de aquella altura, una pradera muy agradable y muchos frutales, aunque él nunca tomó de sus frutos para su alimento.

Cerca de allí se hallaban las ruinas de un templo antiquísimo en el cual, como él mismo contaba y atestiguan sus discípulos, resonaban día y noche las voces de los demonios, tan innumerables que habrías podido creer que se trataba de un ejército. Hilarión se alegró mucho porque tenía cerca enemigos contra quienes luchar, y habitó allí cinco años. A menudo, en esos últimos años de su vida, Hesiquio lo visitaba con frecuencia.

En la última etapa fue consolado al ver que, en razón de la dificultad del acceso a su refugio y de la cantidad de fantasmas, que eran tema de muchas historias, nadie o casi nadie podía ni osaba acercarse hasta allí.

Un día, al salir de su pequeño jardín, vio a un hombre con todo el cuerpo paralizado que yacía ante la puerta. Le preguntó a Hesiquio quién era y cómo había sido llevado hasta allí. Él le respondió que era el procurador de la aldea a cuyo territorio pertenecía la pradera donde estaban. Hilarión llorando y extendiendo la mano hacia el hombre que yacía en tierra le dijo: *A ti te digo: En el nombre del Señor Jesucristo levántate y camina*⁸⁰. Y con admirable rapidez, cuando las palabras todavía resonaban en su boca, los miembros fortalecidos ya levantaban al hombre hasta ponerlo en pie.

Cuando este milagro fue conocido, la necesidad de muchos venció la dificultad del lugar y la subida sin caminos. Todas las aldeas de los alrededores sólo pensaban en impedir que Hilarión se les escapara, porque se había divulgado el rumor de que él no podía permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Y esto no lo hacía por ligereza o por un sentimiento pueril, sino para huir del honor y la importunidad de los hombres, pues él deseaba siempre el silencio y la vida oculta.

44. Últimos deseos. Cuando tenía ochenta años, estando ausente Hesiquio, le escribió de su propia mano una breve carta a modo de testamento, dejándole todas sus riquezas, a saber, el Evangelio, la túnica de saco, la cogulla y su pobre manto⁸¹. El hermano que le servía había muerto hacía poco tiempo.

Muchos hombres piadosos vinieron de Pafos para ver a Hilarión, que estaba enfermo, especialmente porque habían oído decir que afirmaba que pronto iría al Señor y sería liberado de las cadenas del cuerpo. Vino también Constanza, una santa mujer a cuyo yerno e hija había librado de la muerte con la unción del óleo.

Hilarión conjuró a todos a que no conservaran su cuerpo ni un momento después de su muerte, sino que enseguida lo cubrieran con tierra en ese mismo prado, tal como estaba vestido, con la túnica de piel, la cogulla y el tosco manto⁸².

45. Muerte de Hilarión. Ya se iba enfriando el calor de su pecho y no quedaba nada en él excepto la lucidez del alma. Con los ojos abiertos decía: *Sal, ¿qué tienes? Sal, alma mía, ¿por qué dudas? Durante casi setenta años has servido a Cristo y ¿tienes la muerte?* Con estas

palabras exhaló el último suspiro. De inmediato lo cubrieron con tierra y así, en la ciudad, fue anunciada antes su sepultura que su muerte.

46. Traslado a Palestina. Poco después, al enterarse Hesiquio, que estaba en Palestina, partió para Chipre. Fingió querer permanecer en ese mismo jardín para alejar toda sospecha de los habitantes del lugar que montaban guardia cuidadosamente. Y así, después de diez meses, con gran peligro para su vida, consiguió robar el cadáver de Hilarión. Lo llevó a Maiuma acompañado por todos los monjes y las multitudes que venían de las ciudades, y lo sepultó en su antigua celda. Tenía la túnica, la cogulla y el manto intactos, y todo el cuerpo, como si aún estuviera vivo, exhalaba tan fragante perfume que se podía creer que había sido bañado con ungüentos.

47. El culto del santo. Al llegar al final de este libro considero que no puedo callar la devoción de Constanza, aquella santísima mujer: apenas llegó la noticia de que el cuerpo de Hilarión estaba en Palestina murió repentinamente, atestiguando también con su muerte su verdadero amor por el siervo de Dios. Tenía la costumbre de pasar la noche velando en su sepulcro y, como si estuviese allí presente, hablaba con él para que la ayudara con su intercesión.

Aún hoy se puede ver qué gran contienda existe entre los palestinos y los chipriotas, unos porque tienen el cuerpo de Hilarión, los otros su espíritu⁸³. Con todo, en ambos lugares acontecen diariamente grandes milagros, pero sobre todo en el huerto de Chipre, tal vez porque él amó más ese lugar.

Notas

1. Esta *Vita* parece no tener un destinatario muy preciso. Sin embargo, una parte de la tradición manuscrita conserva una referencia en el Prólogo a una virgen "Asela", perteneciente a la nobleza romana. Por eso, este público de nobles cristianas de Roma, al que Jerónimo conoce bien, puede considerarse parte de sus destinatarios.

2. SALUSTIO, *Catilina*, 8. Salustio es considerado el padre de la historiografía latina.

3. *Dn* 2,32; 7,6 y 8,5-21.

4. Hacia el final de la obra Jerónimo narra la presencia de Hilarión en Chipre, donde acaba sus días (cf. 41-45). Hilarión llegó a Chipre en el 365, y Epifanio fue hecho obispo en el 367. Según la Vida de Epifanio (32-33) habría sido Hilarión quien atrajo a Epifanio a la isla.

5. Obra perdida.

6. Esta última afirmación parece ser el verdadero objeto que persigue Jerónimo con esta obra.

7. La mención a los fariseos hace pensar en el clero romano, con el que Jerónimo está enemistado, y para el cual ya usó ese apelativo (cf. *Ep* 18*,4,120; *Praef. in Didymo*, PL 23,107 A; *Ep*.127,9). Nuevamente vemos aparecer el público romano como el destinatario de esta *Vita*.

8. Es muy interesante el dato histórico dado por Jerónimo acerca del predominio pagano en el sur de Palestina. En efecto, a diferencia de Egipto, el afianzamiento del cristianismo estaba retrasado, y por ello mismo el nacimiento y florecimiento del monacato es más tardío. Por otra parte la situación en Gaza es bien distinta a la que vivían Jerusalén y Belén.

9. A diferencia de Antonio, Hilarión es un joven culto, como Pablo el ermitaño. Sin embargo, ambos renuncian a la sabiduría del mundo para quedarse sólo con el evangelio. Cf. nº 35.

10. En la toma de un hábito especial, Jerónimo significa la asunción definitiva del estado de vida monástico por parte de Hilarión. Además esto se realiza "inmediatamente", en los mismos comienzos.

11. La formación monástica que recibe Hilarión junto con Antonio es corta y acelerada, sin embargo, encuentra al ermitaño en la plenitud de su vida, por lo que conoce el modelo acabado de la vida monástica.

12. Aquí comienza el continuo peregrinar de Hilarión buscando una soledad absoluta, a diferencia de Antonio.

13. *Hch* 5,1-10.

14. La vida monástica de Hilarión comienza con la renuncia a todo lo que posee. En ello se encuentra el signo del verdadero "discípulo" de Cristo. En todos estos detalles de los comienzos (poca edad, vida cristiana desde niño, renuncia a los bienes) Jerónimo establece un paralelo entre Hilarión y Antonio, que era unos cuarenta años más anciano que su émulo palestinese.

15. Esta podría ser la definición de monje según Jerónimo ("nudus sed armatus in Christo").

16. Este medio ambiente hostil difiere radicalmente del de san Antonio. Y esto provocará las intervenciones maravillosas de Hilarión, así como su posterior fuga de Palestina.

17. Esta única comida a la puesta del sol es uno de los elementos característicos del ayuno monástico y un elemento esencial de su ascesis. Jerónimo reconoce en la vida de Hilarión cinco períodos, marcados por un régimen de alimentos y ayuno diversos (n.11). Cf. A. DE VOGÜE, *Aimer le jeûne*, Paris, 1988, p. 41.

18. *Is* 14,13-14.

19. 2 *Ts* 3,10. Jerónimo, además del ayuno y la ascesis, señala el trabajo manual de Hilarión como otro de

los componentes centrales de su vida monástica.

20. Este es el punto crítico de las tentaciones de Hilarión. Del mismo modo que la crisis de Antonio en la tumba (*Vita Antonii* 8-10), esta "noche" de Hilarión marca su triunfo definitivo sobre el demonio.

21. Ante estos terribles asaltos, Hilarión usa dos escudos: el signo de la Cruz y la invocación del nombre de Jesús.

22. *Ex* 15,1.

23. *Sal* 19,8. Cf. *Vida de Antonio* 39.

24. Junto con el ayuno, la oración y la salmodia son las armas de Hilarión en su combate espiritual.

25. Así, desde los treinta y cuatro años hasta los sesenta y dos, Hilarión se alimentó sustancialmente con seis onzas de pan (unos 165 gramos) y un pequeño complemento de aceite. Este largo período corresponde, sin embargo, al del régimen mitigado del santo, debido al estilo de vida casi cenobítico que llevaba. El régimen alimentario de Hilarión tiene dos momentos claramente definidos. El cenobítico y el anacóretico. La característica del primero es la admisión del aceite (JERÓNIMO *Ep.* 22,35) unida a una abstinencia moderada. Cuando Hilarión vuelve a aspirar por la soledad absoluta, deja el aceite y hace más acentuada su abstinencia. Pero la constante es siempre la única comida al día, después de la puesta del sol.

26. Tal como se reflejaba en el Prólogo, la extensa narración de los milagros muestran a un Jerónimo más interesado en ellos, que en el género de vida monástico de Hilarión. Estos milagros tienen la siguiente agrupación: a tres mujeres, a tres hombres, y a tres habitantes de Maiuma.

27. Ciudad ubicada a unos 100 kilómetros al norte de Gaza, en el camino que lleva a Jerusalén.

28. *Lc* 5,31.

29. Esta mujer que logra ser madre se asemeja a la Sunamita que logra la fecundidad gracias a las oraciones de Eliseo. Cf. *2 R* 4,24-30. Jerónimo irá presentando los milagros de su héroe a la luz de los distintos modelos bíblicos.

30. Efectivamente Helpidio figura como prefecto del pretorio de Oriente entre el 360-361. Cf. Ammianus Marcellinus (*Res gestae* 21,6,9) comenta la repugnancia de Helpidio por la crueldad y el derramamiento de sangre.

31. Por simple extensión también a la región de Gaza se la daba el nombre de Siria. Sin embargo la provincia romana correspondiente tenía el nombre de "Palestina Prima".

32. La palabra latina es "monasterium". Jerónimo la usa 16 veces en la *VH*. Sin embargo unas veces designa la celda individual de un monje, y otras se refiere a la casa de los cenobitas.

33. Esta afirmación de Jerónimo parece un poco exagerada. Se sabe que contemporáneamente, o antes inclusive, estuvo Cariton, establecido en otra zona de Palestina. Cf. L. CAMPAGNANO DI SEGNI, *Cercare Dio nel deserto. Vita di Caritone*, Bose, 1990.

34. Esta ciudad estaba ubicada sobre la misma costa del mar Mediterráneo en el camino que lleva de Gaza a Egipto. Cf. *Dizionario Patristico e di antichità cristiane*, Genova, 1988, vol. III, p. 96.

35. En este episodio Jerónimo combina elementos del relato de la hemorroísa curada (*Lc* 8,43) y de la imposición de la saliva de Jesús a un ciego (*Mt* 8,23).

36. Estos dos últimos posesos recuerdan al endemoniado de Gerasa, en quien habitaba una "legión" demoníaca. Cf. *Mt* 5,9; *Lc* 8,30.

37. *2 R* 5,20 y *Hch* 8,18.

38. Este milagro, como el anterior, se refiere a personajes del puerto de Maiuma, a poca distancia de Gaza. Se sabe por Sozómeneo (*His. Eccl.* II,5 y V,3) que Maiuma se convirtió al cristianismo bajo Constantino, mientras que Gaza permaneció idolátrica.

39. Las noticias históricas y geográficas dadas por Jerónimo en este capítulo y en los 19 y 22 (la tradicional carrera, el litoral de Palestina, y la antigua "Germania") así como otros datos de esta obra, son todos auténticos y de gran valor para los estudiosos.

40. De hecho, como se narra más adelante, los paganos obtendrán de Juliano la condena de este "mago cristiano". Cf. nº 33.

41. El texto latino dice "inter Saxones quippe et Alemanos". Procopio (*Bell. Goth.*, I,11,29) hace la misma identificación de la contemporánea "Francia" con la "Germania" de los historiadores.

42. Cf. *Mt* 8,32.

43. Esta nueva sección, como las precedentes, empiezan siempre con la mención de Antonio. Cf. nº 3 y nº 14.

44. En el nº 14 Jerónimo ya había dicho que numerosos hermanos comenzaron a juntarse. Aquí precisa el surgimiento de varios "monasterios".

45. Cf. *1 Co* 7,31.

46. Ubicada a unos diez kilómetros al sudoeste de Tavata.

47. Este número tiene el interés de darnos los únicos datos sobre el "monasterio" de Hilarión. Allí vemos al santo a punto de tomar la comida vespertina con su discípulo Hesiquio. El "monasterio" parece tener un establo donde hay bueyes.

48. Vemos que en torno al anciano hay monjes ermitaños y otros que viven en comunidad, con él. Todos son llamados "hermanos", mientras que Hilarión es el "anciano", padre de unos y otros. Esta organización aparece también en el monasterio de Jerónimo en Belén, donde los ermitaños, que viven a cierta distancia, tienen con el cenobio y su superior relaciones más o menos estrechas. Cf. JERÓNIMO, *De oboedientia*, 79-80.

49. Este pasaje marca la crisis que se produce en Hilarión entre su poder carismático y su profundo deseo de soledad.

50. La crisis de Hilarión es provocada por la misma vida cenobítica que estaba llevando. Por ella Hilarión de pobre pasó a ser nuevamente propietario.

51. Nº 14.

52. El itinerario que realizará Hilarión es: Egipto (monasterio de Antonio en el Mar Rojo), Libia, Sicilia, Dalmacia, y Chipre, donde morirá.

53. Estas palabras bien podrían tomarse como una confesión de Jerónimo respecto al tipo de vida que llevaba en Belén.

54. El planteo eremítico de Hilarión supera al de Antonio que había aceptado la comunidad semianacorética que lo rodeaba, tal como se decía en el nº 3. Hilarión no admite ningún tipo de mezcla en el ideal anacorético y decide partir de Gaza.

55. Hilarión parece estar prediciendo la persecución de Juliano el apóstata (331-363).

56. Hilarión está recorriendo el camino costero que lleva de Gaza a Egipto. Pelusio se encontraba unos kilómetros antes de llegar al delta del Nilo.

57. Se trata de la Babilonia de Egipto. Aparentemente después de Pelusio, Hilarión habría tomado dirección sur, para dirigirse a la de Antonio, y se encuentra a pocos kilómetros al norte de Menfis, sobre el río Nilo.

58. Esta ciudad se encontraba unos 30 kilómetros al sur de Babilonia, siempre sobre la margen derecha del río Nilo. Hilarión se va acercando al desierto que habitaba Antonio. Como dice a continuación, de allí se seguía a camello, en dirección al Mar Rojo, para llegar al lugar exacto donde había vivido Antonio.

59. La datación de la muerte de Antonio es del 17 de enero de 356. Cf. A. DE VOGÜÉ, *o. c.*, p. 212.

60. En contradicción con lo que dijo en la "Vita Pauli" (nº 1), donde los dos discípulos de Antonio eran llamados Amatas y Macario, aquí reciben los nombres de Isaac y Peluso.

61. Tal como hace en la *Vita Pauli*, Jerónimo considera y describe el desierto como un Paraíso. Cf. *Vita Pauli*, 5.

62. Este episodio, sin tantos detalles es narrado en la *Vida de Antonio* 50,8-9.

63. La serie de milagros que comienza aquí, y que motivan la continua huida de Hilarión, guardan una estrecha relación con sucesos semejantes de la historia bíblica. Así, el milagro de Hilarión después de los tres años de sequía seguidos a la muerte de Antonio hace recordar el episodio de Elías de 1 R 17-18.

64. Este episodio de las serpientes venenosas hace pensar en la salida de Moisés de Egipto. Cf. *Ex* 8,3 y *Nm* 21,8.

65. Esto hace recordar al castigo de Giezei, criado de Eliseo, que también defraudó materialmente a su maestro. Cf. 2 R 5,27.

66. Estas afirmaciones del demonio hacen pensar en el episodio evangélico de Gerasa. Cf. *Lc* 8,28.

67. Cf. *Mt* 5,14.

68. Esta curación en Sicilia trae a la memoria otra realizada por Pablo en la cercana isla de Malta, narrada en *Hch* 28,7-10.

69. *Mt* 10,8.

70. Este "dragón" que Hilarión mata hace recordar a aquél de Babilonia muerto por Daniel. Cf. *Dn* 14,22-26.

71. Ciudad costera de la ex Yugoslavia. Hilarión seguramente ha cruzado el Adriático desde Sicilia y se ha instalado en esta zona continental. De allí emprenderá el último viaje hacia el sur, a la isla de Chipre.

72. Jerónimo habla estrictamente de un dragón (drago).

73. Cf. *Mt* 17,20 y 21,21.

74. Ubicada también en la costa de la ex Yugoslavia, 150 kilómetros al norte de Epidauro.

75. Dos islas del extremo sur de Grecia.

76. Este reproche de Hilarión por la falta de fe, hace recordar a los similares dirigidos por Moisés y Cristo: *Ex* 14-15; *Lc* 10,23 y *Mt* 8,26.

77. Estas islas Cícladas, pertenecientes al archipiélago griego del mar Egeo, jugaron un rol muy importante dentro de la religiosidad pagana. La mitología consideraba que esas islas eran Ninfas metamorfoseadas en rocas por no haber querido sacrificar a Neptuno. Y por eso mismo en ellas se registraban toda suerte de fenómenos extraños, como la audición de voces. La descripción del paso de Hilarión por en medio de ellas nos revela cómo para Jerónimo la lucha contra el "demonio" era un combate contra estas religiones paganas, predominantes tanto en el territorio griego como egipcio. Cf. P. ANTIN, *Les sirènes et Ulysse dans l'oeuvre de S. Jérôme*, en "Revue des Études latines" 39, 1961, pp. 232-241.

78. Ubicada en la costa oeste de la isla, en oposición a Salamina, localizada en el otro extremo.

79. Se trata de la región central de la desembocadura del Nilo, al este de Alejandría, correspondiente al brazo "bucólico del Nilo", y abarca una extensa región que llega hasta el Mediterráneo.

80. Cf. *Hch* 3,6-8.

81. Jerónimo presenta como símbolos de la vida monástica el hábito y la Sagrada Escritura, pero más concretamente la ley de Cristo (los Evangelios).

82. Estos últimos deseos de Hilarión hacen pensar en los de Antonio. Cf. *VA* 90,2.

83. Después de muerto sigue la división interior de Hilarión entre la vida solitaria y la vida cenobítica. El cuerpo de Hilarión está en el cenobio palestino, pero su espíritu está en la soledad del huerto de Chipre.